

ENSAYO *

ENSEÑAR LITERATURA

— Por Andrés Amorós —

Nacido en 1941, es profesor de Literatura en la Universidad Complutense y crítico literario y teatral. Autor de libros introductorios a la literatura, la novela contemporánea y las sublitteraturas, entre otros. Especialista en Ramón Pérez de Ayala, ha publicado ediciones críticas de varias de sus obras. Fue director de Actividades Culturales de la Fundación Juan March de 1974 a 1980.



Enseñar literatura, hoy: ¿para qué? ¿Cómo? Todavía más: ¿es posible? No espere el lector que yo pretenda dar contestación suficiente a estas preguntas, pero conviene quizá, tenerlas como telón de fondo básico para las divagaciones —personales, arbitrarias— que a uno se le pueden ocurrir.

Antes todo, la respuesta de Pero Grullo: se puede enseñar literatura. De hecho, la enseñan miles de profesores a miles de alumnos, hoy, en el mundo entero. Que lo hagan bien, regular o desastrosamente, ésa es otra cuestión. En cualquier caso, no parece que esta materia vaya a desaparecer de los planes de estudio, en la enseñanza oficial, ni de los cursos o conferencias que organizan, con mayor flexibilidad, las instituciones privadas.

Se suele hablar de la crisis de la enseñanza de la literatura. O,

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía y Europa. El tema desarrollado actualmente es el de la Literatura.

En números anteriores se han publicado: *Literatura e ideología*, por Francisco Yunduráin, Catedrático de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad Complutense; *La novela actual*, por José María Martínez Cachero, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Oviedo; *Tres modelos de supranacionalidad*, por Claudio Guillén, Catedrático de Literatura Comparada en la Universidad de Harvard; *Lectura ingenua y disección crítica del texto literario: la novela*, por Francisco Ayala, novelista, ensayista y crítico literario; *Espacio y*

antes, de la crisis de la literatura. No faltan síntomas de todo ello, desde luego, pero prefiero usar aquí, una vez más, el viejo truco que aprendí en una obra de Ernesto Sábato, dando la vuelta a la frase: no crisis de la literatura sino literatura de la crisis, de nuestra crisis. Podríamos decir, también: no crisis de la enseñanza de la literatura, sino enseñar literatura en un momento en el que la literatura y la enseñanza están en crisis. Obviamente, crisis no significa agonía —salvo en el sentido unamuniano, tan positivo— y puede dar lugar a un nuevo desarrollo: al salir de una enfermedad, cuando éramos chicos, habíamos crecido.

Se suele decir también, con grandes lamentaciones, que la juventud, hoy en día, no se interesa por la literatura. Este tipo de afirmaciones, tan generales, no permite una discusión seria. Opinamos de la feria cada uno según nos ha ido en ella. He enseñado Literatura desde Primer Curso del antiguo Bachillerato hasta Quinto de Facultad; es decir, aproximadamente, a alumnos desde once a veintitrés años. Sólo en casos muy aislados he encontrado desinterés radical *por la literatura*. Lo que sí he visto muchas veces es el desinterés ante un determinado curso de literatura o ante la forma de explicarla de un profesor concreto.

Recordemos un dato objetivo, indiscutible: al crearse nuevas secciones dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense, la sección de Literatura ha sido —junto con las de Arte y Psicología— la que, para bien o para mal, ha atraído en mayor número a los alumnos. Esto demuestra claramente —me parece— que la literatura forma parte del mundo de sus intereses.

Va unido todo esto, por supuesto, al problema de si se puede —o debe— enseñar literatura contemporánea. ¡Cuántas veces

▷ *espacialidad en la novela*, por Ricardo Gullón, Profesor en el Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Chicago; *Literatura e Historia Contemporánea*, por José-Carlos Mainer, Profesor de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza; *España-ña-extranjero: un matrimonio de conveniencia*, por Domingo Pérez-Minik, escritor y crítico literario; *Literatura e Historia de la Literatura*, por Francisco Rico, Catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales de la Universidad Autónoma de Barcelona; *Precedentes de la poesía social de la postguerra española en la anteguerra y guerra civil*, por Guillermo Carnero, escritor y director del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Alicante; *Lengua coloquial y literatura*, por Manuel Seco Reymundo, miembro de la Real Academia Española y director de su Seminario de Lexicografía; *La literatura infantil en la actualidad*, por Carmen Bravo Villasante, escritora y crítica literaria; *La poesía española actual*, por Víctor García de la Concha, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Salamanca; *Literatura y periodismo*, por Lorenzo Gomis, Doctor en Derecho y profesor de Ciencias de la Información y *El romancero, hoy*, por Diego Catalán, Director del Instituto Universitario «Seminario Menéndez Pidal».

hemos oído las quejas de los jóvenes de que, en sus clases de Literatura Española, no se ha pasado de Bécquer o de la generación del noventa y ocho! Y lo más tremendo es que, en muchos casos, tenían razón. A nosotros nos tocó también, como alumnos, esa experiencia. De acuerdo con ella, la Literatura (o la historia, o la filosofía) se convertía en algo así como un panteón de nombres ilustres que había forzosamente que admirar y que ninguna conexión tenían con nuestras experiencias actuales. El joven lector se sentía empujado a repetir frases tópicas de un manual, no a leer de verdad, como una experiencia vital, y de las más profundas y enriquecedoras.

Los errores provocan reacciones contrarias, muchas veces: así, el adanismo de muchos jóvenes actuales que sólo se interesan por Vargas Llosa o Miguel Hernández, sin querer saber nada de Cervantes o del *Poema del Cid*.

Desde un punto de vista científico, existe algún manual de historia de la literatura francesa «à rebours», que parte de lo actual para llegar a lo más antiguo; lo cual, por otra parte, es más acorde con la experiencia lectora de la mayoría, que no comienzan leyendo a Esquilo para continuar con Sófocles y luego con Eurípides. Ya hubo alguna voz española (por ejemplo, la de Guillermo de Torre) que defendió también este criterio para nuestro país, pero eso supondría, entre otras cosas, una revisión acorde de los planes de estudio de historia y filosofía.

La literatura contemporánea se ha ido abriendo camino en los cuestionarios oficiales. Eso ha significado, ante todo, la reacción de las mentes más conservadoras, política o estéticamente. Recuerdo la protesta de una personalidad oficial cuando Clarín fue incluido en el cuestionario de Bachillerato por una comisión de la que yo formaba parte.

Por otro lado, eso obliga a facilitar al profesor y al alumno los medios de trabajo necesarios: ediciones anotadas, manuales, libros de divulgación. Con el estado de nuestras bibliotecas, ¿a quién se le puede pedir que estudie en serio la literatura contemporánea?

En la Universidad, el problema va unido a la titulación desmesurada de cátedras y cursos. Todavía hoy es frecuente un curso de «Historia de la Literatura Española de los siglos XVIII al XX», y he conocido plazas de «Historia de la Lengua y de la

Literatura española y sus relaciones con la Universal». ¿Quién puede dominar, de verdad, un campo tan amplio? Un hispanista serio, de cualquier parte del mundo, se moriría de risa al leerlo. Nos guste o no, la especialización es un hecho inevitable, si no queremos reducir las clases a retóricas charlas de juegos florales.

Como decía Strawinsky, el que no apreciaba el arte de su tiempo no apreciaba, en realidad, el arte de ninguna época. Límese las aristas polémicas de la frase y vayamos a lo esencial: ver la literatura como una experiencia viva. Prestar atención a lo que se está escribiendo hoy en nuestro país, a lo que refleja la sensibilidad de los jóvenes. Escuchar con atención la voz de los maestros actuales (Cela, Delibes, Buero, Torrente...), pero también, por supuesto, la de los más polémicos, como Umbral, Antonio Gala y Francisco Nieva. (Y, por supuesto, escuchar también las voces de Cortázar y Rulfo, de Gimferrer y Carlos Casares).

Claro que lo esencial no es la fecha de los libros, sino la actitud del lector ante ellos. El ideal sería que nuestros alumnos, de cualquier nivel educativo, se enfrentaran con el texto como algo vivo, no como una ruina venerable; como una experiencia que puede ser decisiva en su manera de enfrentarse a los problemas cotidianos; como una *voz humana* que debe ser discutida críticamente, no aceptada con sumisión; como algo, en fin, que, en el mejor sentido de la palabra, proporciona placer. En este sentido —nuestra experiencia de profesores lo confirma— puede ser más *viva* una lectura del *Lazarillo de Tormes* que la de una mediocre novela contemporánea.

Para lograrlo será preciso, me parece, que la lectura propuesta por el profesor no se quede en asépticas descripciones formalistas, sino que ponga el texto en conexión con la experiencia histórica y estética de su autor y su lector. Para mostrar, como decía Pedro Salinas, «the pastness of the present» y «the presentness of the past»: es decir, la permanente vitalidad de la auténtica obra literaria.

Si la literatura es historia, desde luego que sí se puede enseñar y aprender, como cualquier disciplina científica. En este sentido, por muchas novedades que se quieran introducir, no cabe negar la vigencia absoluta de los métodos tradicionales de la filosofía o del historicismo, como se prefiera.

Ante todo, de la bibliografía, base necesaria para que no

creamos descubrir el Mediterráneo. Vale eso, por supuesto, tanto para la literatura clásica como para la contemporánea. Un fundamento rigurosamente bibliográfico permitió a don Antonio Rodríguez Moñino mostrar la distancia que existe, en la poesía española de los Siglos de Oro, entre la *construcción crítica* y la auténtica *realidad histórica*.

La bibliografía es un terreno difícil y aparentemente árido, pero absolutamente necesario. Como dice Montesinos —en el prólogo a su *Galdós I*— no basta con romper unos pantalones para hacer un buen trabajo erudito y bibliográfico.

Desde el terreno que me es más familiar, el de la literatura contemporánea, quiero insistir también en la importancia de la investigación bibliográfica. A varios grandes maestros he oído que hoy es más fácil encontrar una primera edición de un texto de nuestro Siglo de Oro que algunas de nuestro siglo.

Junto a esto, quiero subrayar la importancia de la fijación de los textos —clásicos o contemporáneos, igual da— en ediciones cuidadosamente preparadas. Resulta muy fácil, por desgracia, que sin saberlo, estemos leyendo cosas que el autor no escribió o, al revés, no leyendo algunas de las más esenciales que él puso en su texto. Conozco el caso de muchas llamadas obras completas que ni son completas de verdad ni poseen la mínima solvencia.

El análisis de los manuscritos puede aportar datos decisivos. (Insisto en que hablo también de la literatura contemporánea). Un ejemplo muy claro: se suele aludir al descuido estilístico de Baroja, a su escaso interés por los problemas del estilo. Sin embargo, una ojeada a sus manuscritos basta para atenuar mucho esta opinión. En el manuscrito que poseo de su novela inédita *Madrid en la revolución*, por ejemplo, son numerosísimas las correcciones realizadas, en cada página, de puño y letra de don Pío. Como se ve, y es lo que más me interesa subrayar, muchas teorías más o menos brillantes, avaladas hasta por el testimonio del propio autor, se desvanecen o moderan mucho ante una crítica puramente textual.

Hasta un crítico tan poco «tradicional» como Roland Barthes proclama que «las adquisiciones del positivismo, hasta en sus exigencias, son irreversibles: hoy en día nadie, sea cual sea la filosofía que adopte, pensará en discutir la utilidad de la erudición, el

interés de las precisiones históricas, las ventajas de un análisis fino de las circunstancias literarias...».

Pensando en la historia de la literatura como disciplina universitaria, me parece indispensable insistir en la enseñanza de los métodos y saberes instrumentales, desde buscar una bibliografía hasta realizar la ficha de un libro o artículo, hacer una cita, etc. Todo esto, sin duda, no resultará muy atractivo para los jóvenes aficionados a la literatura, pero es absolutamente necesario si no queremos quedarnos en la categoría de puros «dilettantes».

Todo esto tendrá una traducción inmediata en el caso de las tesis y tesinas. Creo que la proliferación de este tipo de trabajos está llevando a un desconcierto y una inutilidad notables, en muchos casos. Mucho más útil que repetir lugares comunes sobre la religiosidad de Unamuno o la melancolía de Antonio Machado será editar correctamente un texto que lo necesite o adentrarse en el riquísimo y fértil campo de los periódicos y revistas.

Todo esto y mucho más debe ocuparnos —repito— si la literatura es historia. Para mí lo es, sin duda alguna, pero también es estética. Este es —dicho con toda sencillez— un problema básico. De la solución que le demos dependerá toda la enseñanza de la literatura.

Para muchos autores, lo característico del objeto estético es estar *vivo*, actuante, producir emoción, a diferencia de lo que ya ha pasado definitivamente. Según eso, llega a producirse la escisión entre una escuela predominantemente «estética» y otra «histórica».

Reaccionando contra los excesos del positivismo, por ejemplo, Croce rechaza los viejos conceptos de historia literaria entendida como acumulación de materiales eruditos o como exposición de una realidad social o nacional reflejada en una tradición continua de documentos artísticos. En vez de todo eso, concibe la obra de arte como un acto espiritual creador, original y personal, del que importa, sobre todo, definir y valorar su carácter propio e intrasferible, dejando a un lado todo lo que sea «filología».

Avanzando por ese camino se llega a posiciones tan radicales como la de Michel Dragomirescu —en su obra *La science de la littérature*—. Recordaré sólo el título del primer capítulo: «La impotencia del método histórico para el estudio científico de la literatura». Y el del siguiente: «La literatura constituida como ciencia, prescindiendo del método histórico».

En la práctica, cualquiera de las dos tendencias puede conducir a la caricatura. Tan absurdo es considerar a Lope de Vega al margen de su tiempo (la sociedad española, el estado de nuestra escena, los antecedentes, la propia biografía...) como convertir las historias de la literatura en guías de teléfonos o en mausoleos llenos de tumbas que a nadie interesan. Suscribo totalmente las sensatas palabras de Gonzalo Sobejano: «La historia literaria, en general, no debe excluir ni soslayar a muchos autores que juzgamos secundarios, mediocres o malogrados, ya que en ellos se esconde a menudo, bajo el valor relativo de tales o cuales obras, la clave de un proceso, el por qué de una determinada evolución. La historia de la literatura puede ser principalmente literatura o principalmente historia. Está bien que hayan abundado y abunden los estetas de la historia literaria; ellos, entre otras cosas, han revelado lo precario de tanto dómíne Cotarelo o bachiller de Osuna. Pero está bien, está mejor que haya críticos para quienes la belleza es comprensible en la razón de su haber existido así y entonces (y de su seguir existiendo así y ahora) antes que en la forma absoluta o eterna de su ser».

Junto a todo eso, no cabe olvidar que se trata, también, de educar la sensibilidad literaria de los alumnos. En definitiva, es la sensibilidad personal del profesor la que ha de iluminar contagiosamente a la de los alumnos. Desde ese punto de vista, creo firmemente que la literatura debe ser presentada en sus conexiones con las otras artes: pintura, música, cine... No comprendo cómo un profesor de literatura puede mostrarse insensible a estas conexiones.

El estudio de la literatura, ¿puede llegar a ser una ciencia? Me parece que es ésta una cuestión clave, que divide a las escuelas y métodos. Por supuesto que sí puede serlo por el rigor en los métodos empleados, por la seriedad con que se preparan filológicamente los textos, se cotejan variantes, se analiza la lengua, se establecen conexiones históricas. Pero ésta es, en realidad, la etapa previa al juicio crítico. En cuanto a éste, parece indudable que no cabe pedirle el grado de certidumbre que corresponde a las ciencias de la naturaleza. De todos modos, hoy, el formalismo (heredero, en esto, de la anterior «Literaturwissenschaft») sí pretende llegar al nivel plenamente científico, del mismo modo que lo intentó la estilística.

Personalmente, soy bastante escéptico en este punto. Todo lo que se haga y se diga por el rigor en la manera de trabajar me parecerá excelente; pero, en definitiva, hay que contar con la personalidad del crítico, con su intuición subjetiva. Me inclinaría, pues, a una estética basada en la experiencia artística más amplia que sea posible.

No creemos hoy en la existencia de unas normas abstractas, «a priori», sobre la belleza de las obras. Desde Baudelaire, por lo menos, es ya un tópico hablar de la «belleza moderna», y Pero Grullo nos dice que existen muchos tipos distintos de obras literarias, dentro de las que poseen una innegable calidad estética. En eso coinciden desde Menéndez Pelayo («no traigo un sistema 'a priori' que se empeñe en aplicar a todo, aunque los hechos lo resistan») hasta los formalistas rusos: «el método ha de variar para acomodarse al objeto». La crítica es siempre una «aproximación» (Charles du Bos), un «ojo vivo» (Starobinski) que abraza, por tanteos sucesivos, los objetos que contempla.

La experiencia estética, tal como la entiende Gaëtan Picon, es «la experiencia cotidiana de cualquiera que viva verdaderamente en contacto con las obras de arte». En el terreno literario, por lo tanto, todo se reduce a leer.

La actividad del profesor de literatura no puede tener sentido alguno si no es vocacional. Somos profesionales que nos ganamos la vida realizando un trabajo, pero, sobre todo, somos personas a las que nos gusta la literatura, que creemos en la importancia de los libros. Todo se resume, así pues, en leer, en incitar a nuestros alumnos a que lean y tratar de ayudarles para que lleguen a leer lo más perfectamente posible.

Todos nos remitimos, en definitiva, a nuestra experiencia personal, a lo que hemos vivido: en los años de formación de mi personalidad, tan esenciales como algunas experiencias vividas han sido, para mí, algunos libros que he leído con fervor y que, en cierta medida, me han marcado para siempre. El profesor serio —más o menos— de hoy esconde al niño que descubría el mundo a la vez que los libros, al adolescente que se emocionaba leyendo novelas y oyendos discos. Hemos sentido el sabor de la lectura y tratamos de comunicarlo a los demás: eso es todo, en definitiva.